

— ¡ Dios mío ! qué habéis hecho, señor Rodolfo ? ¿ Habéis despedido el coche ?...

— Es claro.

— ¿ Y la Pelona ?

— ¡ Qué importa la Pelona !

— ¡ Ah !... tengo que volver á su casa esta noche... No hay remedio... por fuerza, señor Rodolfo... porque sino me tendría por una ladrona... Los vestidos que traigo son suyos... y la debo... perdonad...

— Tranquilizaos, hija mía ; yo soy quien debe pedir os perdón...

— Perdón !... ¿ de qué ?

— De no haberos dicho antes que no debéis nada á la hostelera, y que podéis quedaros aquí si es vuestra voluntad, y cambiar esos vestidos por otros que os dará la señora Adela. Es casi de vuestra misma talla y tendrá mucho gusto en prestároslos... Ya lo veis como empieza á hacer su papel de tía.

— La Cantaora creía estar soñando : miraba á Rodolfo y á la arrendataria sin comprender lo que pasaba.

— ¡ Cómo ! dijo con vez trémula y palpitante : ¿ no volveré más á París ?... ¿ puedo quedarme aquí ?... ¿ la señora... me permitirá ?... ¡ oh ! ¿ será posible ?... ¡ aquel hermoso sueño !...

— Aquí lo tenéis realizado.

— ¡ Oh, no ! no es posible... sería demasiada felicidad.

— La felicidad nunca puede ser demasiada, Flor de María...

— ¡ Ah ! señor Rodolfo, por piedad no me engaños... mirad que me hariais mucho mal.

— Creedme, amada niña — dijo Rodolfo con voz afectuosa, pero con un tono de dignidad que Flor de María no había notado en él hasta entonces : — os lo repito ; desde hoy podéis, si os place, hacer al lado de la señora Adela esa vida cuyo cuadro os ha cautivado tanto. Aunque la señora Adela no sea vuestra tía, os profesará el más tierno cariño ; pero podréis pasar por sobrina suya entre las personas de la quinta, y esta leve mentirilla hará más agradable vuestra situación... Os vuelvo á repetir, Flor de María, que haréis todo esto si os agrada. Luego que pongáis vuestro trajecito de aldeana — añadió Rodolfo sonriendo — os llevaremos á ver vuestra favorita la *Saltarina*, hermosa ternera blanca como la nieve, que está aguardando el collar que la tenéis prometido... También visitaremos á vuestros amigos los pichones y la lechería, y recorreremos toda la finca... deseo cumplir mi palabra.

Flor de María juntó las manos con vehemencia. La sorpresa, el gozo y la gratitud se pintaron en su extasiada fisonomía : sus ojos se arrasaron de lágrimas, y exclamó :

— ¡ Señor Rodolfo !... ¿ sois algún ángel del Señor, que así hacé bien á los

desgraciados sin conocerlos... y los libráis de la vergüenza y de la miseria ?...

— ¡ Pobre niña ! — repuso Rodolfo con una sonrisa melancólica de profunda é inefable bondad ; — aunque joven aún, he padecido mucho : he perdido una hija que tendría ahora vuestra edad... esto os explicará mi compasión hacia los que padecen... y por vos especialmente. Flor de María, ó más bien *María*, id con la señora Adela... Sí, *María*, conservad de hoy más este nombre, dulce y hermoso como vos. Antes de marcharme tendré que hablaros, y os dejaré contenta... porque os dejaré feliz y dichosa.

Flor de María no respondió ; hizo una inclinación doblando las rodillas, cogió la mano de Rodolfo, y antes que éste pudiese impedirlo la llevó respetuosamente á los labios con un movimiento lleno de gracia y de modestia, y luego siguió á la arrendataria, que la contemplaba con profundo interés.

## XIII

## MURPH Y RODOLFO

Rodolfo se dirigió al zaguán de la quinta, en donde halló al hombre alto que vestido de carbonero le había anunciado la vispera la llegada de Tomás Seyton y de Sara. Murph, que así se llamaba aquel personaje, tenía como unos cincuenta años de edad ; á cada lado de su cráneo, enteramente calvo, se elevaban ensortijados dos mechones de pelo rubio y canoso ; su rostro largo y encendido estaba completamente afeitado á excepción de unas pequeñas patillas color de fuego, que no pasaban del nivel de la oreja y se extendían en forma de media luna por la parte superior de sus redondos carrillos. Á pesar de su edad y su corpulencia, Murph era ágil y robusto, y en su fisonomía, aunque flemática, resaltaba á veces la benevolencia y la resolución. Llevaba una corbata blanca, un chaleco largo y un frac de faldones anchos que no le pasaban de las corvas, y su calzón verdegris era del mismo género que sus botines, que no alcanzaban hasta la hebilla. El traje y el aspecto viril de Murph representaban el perfecto tipo del caballero labrador inglés ; pero debemos declarar aquí que era inglés y caballero (*squire*), pero no labrador. En el momento en que Rodolfo llegó al zaguán, Murph metía un par de pistolas en la bolsa de la calesa.

— ¿ Á quién diablos vas á matar con esas pistolas ? le dijo Rodolfo.

— Esa es cuenta mía, monseñor, — replicó Murph retirando el pie del estribo.

— Haced vuestro negocio, que yo no descuido mi deber.

— ¿ Á qué hora has mandado venir los caballos ?

— Al anoecer, según vuestra orden.

— ¿ Has llegado esta mañana ?

- Á las ocho. La señora Adela ha tenido tiempo para alistarlo todo.
- Eres honrado... ¿No estás contento de mí?
- ¿No podríais, monseñor, cumplir la tarea que os habéis impuesto sin exponeros á tantos peligros?
- Para inspirar alguna confianza á esas gentes, que quiero conocer, ¿no es preciso que adopte su traje, sus costumbres y su modo de hablar?
- Pero eso no aleja los peligros de que hablo. Anoche, cuando buscábamos á ese *Brazo Rojo* en la detestable calleja de la Cité, solo el temor de irritaros y desobedeceros ha podido impedirme que os socorriese cuando luchabais con el bandido que habéis encontrado á la entrada de aquella pocilga.
- Es decir, señor Murph, que dudáis de mi fuerza y de mi valor.
- Por desgracia me habéis puesto cien veces en el caso de no dudar de la una ni del otro. Gracias al señor Flatman, el Bertrand de Alemania, que os ha enseñado la esgrima, Lacour de París<sup>1</sup> os ha dado lecciones de *zancadilla* y de *caló*, porque de todo esto necesitabais para vuestras aventuras. Sois intrépido y tenéis unos nervios de acero, y aunque delgado y esbelto me venceríais con la misma facilidad que un caballo de carrera vence á un mulo de carga.
- Entonces ¿por qué temes?
- Yo sostengo, monseñor, que no es prudente el que os andéis exponiendo á cuantos peligros se presentan. No digo esto por el inconveniente que hay para que cierto caballero que conozco se tizne la cara con carbón y se convierta en el mismo diablo: á pesar de mis canas, de mi gordura y gravedad me disfrazaré de bolero si conviene á vuestros planes... pero me atengo á lo dicho, monseñor...
- ¡Oh! ya lo sé, querido Murph; cuando una idea se introduce en tu cráneo, cuando la lealtad se apodera de tu firme y valeroso corazón, ni el mismo demonio te la arrancaríá de allí con sus dientes y sus uñas...
- ¡Cuánta lisonja, monseñor! apostaría á todos que estáis meditando alguna...
- Habla; dilo de una vez...
- Alguna locura, monseñor.
- ¡Pobre Murph! qué mala hora escoges para tu sermón...
- ¿Por qué?
- Estoy en este momento lleno de orgullo y de satisfacción... me hallo precisamente...
- En donde habéis hecho un bien; ya lo sé: la *quinta modelo* que habéis fundado aquí, para recompensar, instruir y estimular á los labradores honrados, es un beneficio inmenso para este país. Generalmente no se piensa más que en

<sup>1</sup>Célebre profesor de la lucha llamada en francés *savate*, y en español *zancadilla*.

- mejorar la condición del ganado, y vos os desveláis por mejorar la condición de los hombres... eso es admirable. Habéis puesto al frente de este establecimiento á la señora Adela Georges, y ninguna elección pudierais hacer más acertada... Tiene la virtud de un ángel... ¡Noble y honrada mujer!... Pocas veces me enternezco, y sin embargo he derramado lágrimas al oír sus infortunios... Pero vuestra nueva protegida... Vaya... no hablemos de esto, monseñor...
- ¿Por qué?
- Monseñor, hacéis vuestro capricho, y hacéis bien...
- Yo hago lo que es justo — dijo Rodolfo con un gesto de impaciencia.
- Lo que es justo... á vuestro modo de ver...
- Lo que es justo para con Dios y mi conciencia — repuso Rodolfo con severidad.
- Creo, monseñor, que no nos entendemos. Os lo repito, no hablemos más de este asunto.
- ¡Y yo os ordeno que habléis! — dijo imperiosamente Rodolfo.
- Nunca me he expuesto á que V. A. R. me mandase callar... espero que V. A. no me obligará á decir más de lo que quiero — respondió Murph con dignidad.
- ¡Señor Murph!!! — exclamó Rodolfo con una irritación que crecía por momentos.
- ¡Monseñor!
- ¡Ya sabéis, caballero, que no me gustan reticencias!
- Perdonad, señor: me conviene usarlas — repuso Murph con orgullo.
- Si descendiendo hasta la familiaridad, caballero, es á condición de que vos os elevéis hasta la franqueza.
- Sería imposible describir la altivez soberana de la fisonomía de Rodolfo al pronunciar estas últimas palabras.
- Tengo cincuenta años; soy un caballero: V. A. no debe hablarme de ese modo.
- ¡Callad!!!...
- ¡Monseñor!
- ¡Callad!!!
- V. A. no debería poner á un hombre de honor en el caso de recordarle los servicios que le ha prestado... — dijo con frialdad el leal caballero.
- ¿Tus servicios? ¡y qué! ¿no te los he pagado cumplidamente?
- Debemos confesar que Rodolfo no había dado á estas crueles palabras el sentido humillante que reducía á Murph á la condición de un mercenario; pero éste las interpretó por desgracia de este modo. Encendiósele el rostro de vergüenza, llevó los puños cerrados á la frente con un ademán de dolorosa

indignación; y dirigiendo la vista á Rodolfo, en cuyas facciones se veía un desdén convulsivo y violento, le dijo con voz sofocada y conteniendo un suspiro de tierna conmiseración:

— ¡ Mirad, señor, que no tenéis razón !...

Estas palabras llevaron á su colmo la irritación de Rodolfo; una llama terrible brilló en sus ojos, y adelantándose hacia Murph con los labios pálidos como un cadáver, exclamó:

— ¡ Te atreverás, tú !...

Murph retrocedió, y dijo como á pesar suyo:

— ¡ Monseñor !... ¡ Monseñor !... ¡ ACORDAOS DEL 13 DE ENERO !

Estas palabras hicieron en Rodolfo un efecto mágico. Su rostro, contraído por la cólera, se dilató. Miró fijamente á Murph, bajó luego la cabeza, y después de un momento de silencio murmuró con voz alterada:

— ¡ Murph ! ¿ qué crueldad es esa ?... mi dolor, mi arrepentimiento me hacían esperar que... ¡ Y sois vos el que !... ¡ Sois vos !...

Rodolfo no pudo continuar: faltóle la voz, cayó sentado en un banco de piedra y se cubrió el rostro con las manos.

— ¡ Monseñor ! — exclamó Murph con acento doloroso ! — ¡ mi buen señor, perdonadme, perdonad á vuestro antiguo y leal servidor ! Si he dicho esas palabras ha sido en el último apuro y temiendo... ¡ ah ! no por mí... sino por vos... las consecuencias de vuestra ira... las he dicho á pesar mío, sin ánimo de ofenderos, sin enojo y sólo por compasión... ¡ Monseñor ! me pesa de haber sido tan ligero... Por Dios santo, señor, ¿ quién puede conocer vuestro carácter mejor que yo, que no os he abandonado desde vuestra infancia ?... Perdonadme, perdonad que os haya recordado ese día funesto... ¡ Ah, cuánto lo habéis expiado !

Alzó Rodolfo la cabeza, y pálido como la cera, dijo á su compañero con voz suave y melancólica:

— Basta, basta, mi leal amigo; te doy gracias por haber calmado con una palabra mi desmedida irritación: no me disculpo de haberte tratado con dureza, pues sabes bien que *hay mucho camino de los labios al corazón*, como dicen las buenas gentes de nuestra tierra. Estaba loco: no hablemos más de eso.

— ¡ Ah ! ahora os veré triste por mucho tiempo... ¡ Qué desgracia la mía !... mi único anhelo es el libraros de ese humor sombrío, y á cada paso os estoy sepultando más y más en él con mi indiscreción... ¿ De qué me sirven luego mi honradez y mis canas si no soy capaz de sufrir con resignación las ofensas que no merezco ?

— No hay duda: hablas bien;... pero los dos hemos faltado á la razón, veje te mío — le dijo Rodolfo con dulzura. — Dejemos eso, y volvamos á nuestra

conversación... Tu alabas la fundación de este establecimiento y el profundo interés que me inspira la señora Adela... Confiesas que merecería este interés por sus raras cualidades y por su infortunio, aun cuando no perteneciese á la familia de Harville... á esa familia que mereció de mi padre un eterno reconocimiento...

— He aprobado siempre la protección y las bondades que dispensáis á la señora Adela, monseñor.

— Pero te asombras de ver el interés que tomo por esa infeliz criatura perdida ¿ no es verdad ?

— Perdonad, señor... No he tenido razón... lo confieso.

— No... ya lo sé. Las apariencias han podido engañarte... Mas como conoces toda mi vida y mis secretos... como me ayudas con tanto valor como lealtad á llevar á cabo la expiación que me he impuesto á mí mismo... mi deber, ó, si mejor te place, mi reconocimiento, me obliga á convencerte de que no obro con ligereza.

— Así lo creo, monseñor.

— Conoces mis ideas con respecto al bien que debe hacer el hombre que posee las circunstancias de *saber, voluntad y poder*... Socorrer al infortunio honrado cuando se queja de los males que sufre, es acción meritoria. Buscar á los que combaten la miseria con honor y con energía y auxiliarlos, á veces sin que lo sepan, es aún mejor acción... Prevenir á tiempo el desamparo y las tentaciones que conducen al crimen... es mejor todavía. Rehabilitar, restituir á la honradez á los que han conservado puros algunos sentimientos generosos en medio de la degradación á que se ven condenados, de la miseria que los consume y de la corrupción que los rodea, y arrostrar para esto el contacto de esa miseria, de esa corrupción y de esos seres nauseabundos... es obra superior á todas. Perseguir con ánimo vigoroso é implacable el vicio, la infamia y el crimen, ya se arrastren por el cieno ó se encumbren en los palacios de la grandeza, no es más que justicia... Pero acudir ciegamente á la miseria merecida, y prostituir y degradar la limosna y la piedad, eso sería horrible, impío y sacrilego. Eso haría dudar del mismo Dios; y el que da, debe hacerlo para que se crea en él y para ensalzar su nombre.

— Monseñor, yo no he querido decir que hubieseis empleado mal vuestros beneficios.

— Escucha, fiel amigo... Ya sabes que la hija cuya muerte deploro sin cesar, y á la cual hubiera amado tanto más cuanto mayor ha sido la indiferencia con que la ha mirado Sara, su indigna madre, debería tener ahora algo más de diez y seis años... como esa infeliz criatura. Sabes también que no puedo menos de dejarme arrastrar por una profunda y dolorosa simpatía hacia las jóvenes de esta edad...

— Lo sé, monseñor... y así es como debí haberme explicado el interés que sentís por vuestra protegida... Además ¿no se honra á Dios socorriendo á todos los desgraciados?

— Sí, amigo mío... cuando lo merecen; y por eso nadie es más digno de compasión y respeto que una mujer como la señora Adela, que educada por una madre buena y piadosa en la estrecha observancia de todos los deberes, no ha faltado jamás á ellos... ¡jamás!! á pesar de haber sido víctima de la adversidad más espantosa... Pero ¿no se honra también á Dios sacando del fango de la vida á una de esas raras criaturas á quienes se ha complacido el cielo en colmar de sus dones?... ¿No merece también compasión y respeto una niña desventurada, que abandonada á su solo instinto, atormentada, envilecida y despreciada, ha conservado en el fondo de su alma las nobles virtudes con que Dios la había dotado? ¡Si hubieras oído á esa pobre niña!... Al escuchar la primera palabra afectuosa que la dirigí; al oír la primera voz honrada y amiga que llegó á sus oídos, brotaron en su alma ingenua el gusto, la inclinación y los pensamientos más puros y delicados, á la manera que las flores silvestres abren su hermoso cáliz en la primavera á los primeros rayos del sol... En mi conversación de una hora con Flor de María he descubierto en ella tesoros de bondad, de gracia y de cordura: sí, de cordura, amigo mío. Con la sonrisa en los labios y una lágrima en los ojos he oído sus inocentes consejos llenos de razón, para inducirme á que ahorrara cuarenta sueldos diarios á fin de poder combatir un revés inesperado y librarme de malas tentaciones. ¡Pobre inocente niña! me hablaba en un tono tan serio y de tan profunda convicción, experimentaba tal complacencia al darme sus sanos consejos, y fué tal su gozo al oír mi promesa de que los seguiría, que he dejado correr algunas lágrimas no pudiendo reprimir la dulce sensación que experimentaba... Pero también tú te enterneces, mi querido Murph.

— Sí, monseñor... eso de haceros economizar cuarenta sueldos diarios... teniéndos por un jornalero... en lugar de comprometeros á que gastaseis con ella... sí, ese rasgo me llega al corazón.

— Silencio; ahí viene la señora Adela... Ten todo listo para marcharnos, pues debemos llegar temprano á París.

Flor de María estaba desconocida, gracias al cuidado de la señora Adela. Una linda cofia de aldeana y dos gruesas bandas de cabello rubio coronaban su rostro virginal. Un pañuelo de muselina blanca cruzaba su seno, cubierto también en parte por la pechera de un delantal de tafetán tornasolado, cuyos visos azules y color de rosa lucían sobre el fondo oscuro de un vestido del carmen, que parecía haber sido hecho para ella. El semblante de la joven estaba serio y lleno de profundo recogimiento; pues hay felicidades que inspiran en el alma una tristeza inefable y una santa melancolía. La sería

gravedad de Flor de María no sorprendió á Rodolfo, porque la esperaba: alegre y habladora, hubiera formado de ella una idea menos elevada.

En el semblante triste y resignado de madama Georges se descubrían las huellas de una larga adversidad: miraba á Flor de María con una compasión tranquila, profunda y casi maternal, porque la gracia y la dulzura de la joven criatura habían cautivado su simpatía.

— Aquí tenéis á *mi hija*, señor Rodolfo... que viene á daros gracias por las bondades que la dispensáis — dijo madama Georges presentando la Cantaora á Rodolfo.

Al oír las palabras *mi hija*, la Cantaora volvió lentamente los ojos hacia madama Georges, y la miró por algunos momentos con una expresión de indecible reconocimiento.

— Os doy gracias por María, querida señora: es digna del tierno interés que por ella toméis... y nunca dejará de merecerlo.

— Señor Rodolfo, — dijo la Cantaora con voz trémula — ya lo sabéis... ¿no es verdad?... No encuentro nada que deciros...

— Vuestra emoción me lo dice todo, amada niña.

— ¡Oh! conoce bien la mano de la Providencia en su felicidad — dijo la señora Adela enternecida. — Su primera acción al entrar en mi cuarto, ha sido echarse á los pies de un crucifijo.

— Es porque ahora, gracias á vos, señor Rodolfo... no tengo miedo de rezar.

Murph se volvió de repente para no revelar la emoción que le habían causado las sencillas palabras de la Cantaora.

Rodolfo dijo á ésta:

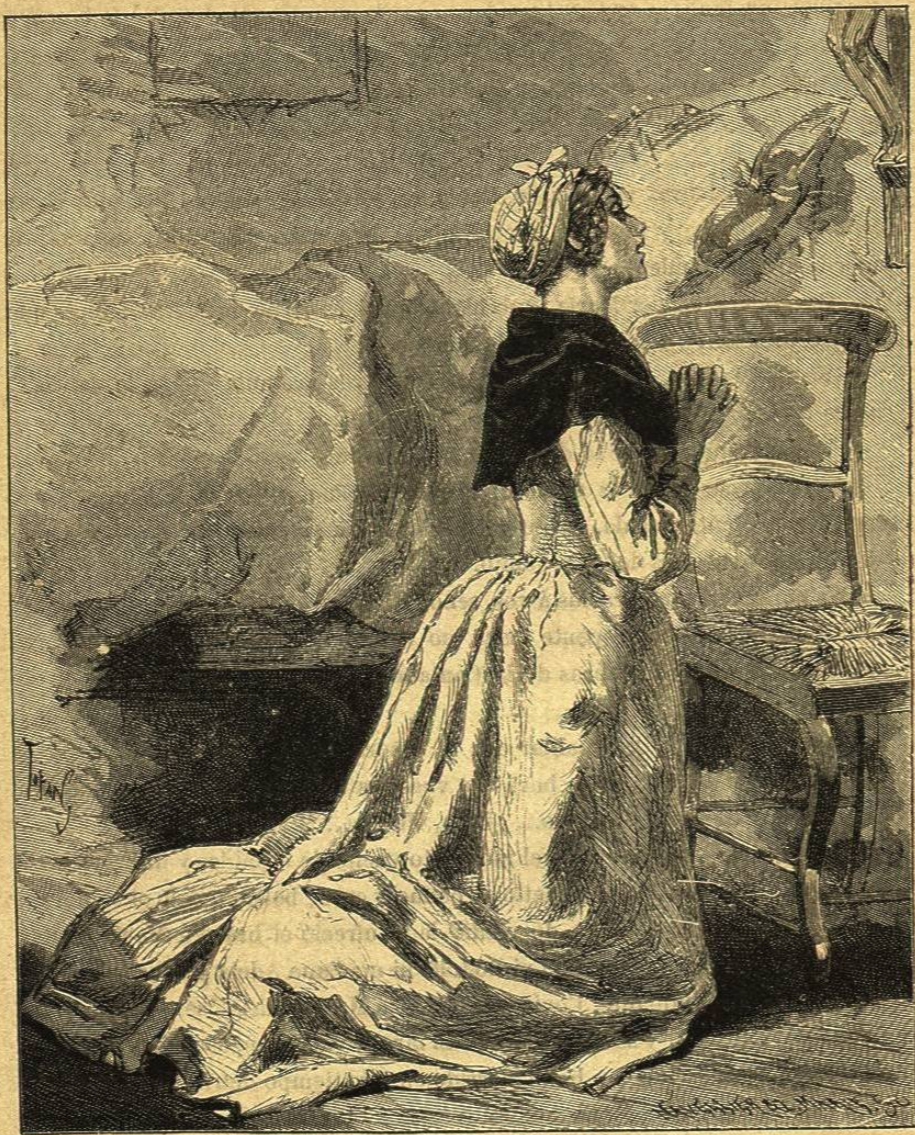
— Hija mía, tengo que hablar con la señora Adela... Mi amigo Murph os llevará á ver la quinta... y os hará ver vuestros futuros protegidos: nosotros os seguiremos dentro de un rato... ¡Hola, Murph... Murph! ¿no me oyes?

El buen hidalgo estaba en aquel momento vuelto de espaldas y fingía sonarse con un estrépito formidable: metió el pañuelo en el bolsillo, caló el sombrero hasta los ojos, y volviéndose de medio lado ofreció el brazo á María. Había maniobrado con tal destreza que ni Rodolfo ni madama Adela pudieron notar la expresión de su semblante. Cogió del brazo á María, dirigióse con ella á las cuadras de la quinta, y sus pasos eran tan largos y descompasados que la Cantaora tuvo que correr, como había corrido en otro tiempo detrás de la Lechuza.

— ¿Qué os parece de María, señora Adela? — dijo Rodolfo.

— Ya os he dicho, señor Rodolfo, que apenas vió un crucifijo al entrar en mi cuarto, se echó de rodillas delante de él. Me sería imposible pintaros lo espontáneo y fervoroso de aquel acto de la pobre niña: al momento he conocido que su alma no estaba pervertida. La expresión del agradecimiento que os profesa, señor Rodolfo, es pura, sencilla y libre de toda exageración.

Os diré dos palabras que os probarán cuán natural y vehemente es en ella el instinto religioso; cuando yo la dije: «¿No ha sido muy grande vuestra sorpresa y vuestro gozo al decirnos el señor Rodolfo que os quedaríais aquí?..»



Apenas vió un crucifijo al entrar en mi cuarto...

¡Qué impresión tan profunda debió causaros esta noticia!..» ¡Oh, sí! — me respondió; — cuando el señor Rodolfo me dijo eso, no sé lo que me pasó allá dentro; pero sentí el mismo gozo piadoso que cuando entraba en una iglesia...

es decir, cuando me dejaban entrar — añadió: — porque ya sabréis, señora Adela, que yo... No la dejé proseguir al ver su rostro encendido y cubierto de rubor. — «Ya sé, hija mía... os daré siempre el nombre de hija ¿queréis?... ya sé que habéis padecido mucho: pero Dios bendice á los que le aman y le temen... á los desgraciados como á los arrepentidos...»

— Cada vez estoy más contento con mi obra, mi querida señora Adela. Esa pobre niña cautivará vuestro amor... habéis conocido bien sus excelentes cualidades.

— Lo que también me ha sorprendido, señor Rodolfo, es el que no me ha hecho la menor pregunta acerca de vos, sin embargo de que todo esto debe excitar en ella la mayor curiosidad. Esta reserva prudente y delicada me indujo á querer averiguar si sabía algo acerca de vos, y la dije: «Debéis tener mucha curiosidad por saber quién es vuestro misterioso bienhechor.» «Ya lo sé... — repuso con una sencillez encantadora; — se llama mi bienhechor.»

— Según eso la amaréis ¿no es verdad? Ocupará á lo menos ¡mujer virtuosa! una parte de vuestro corazón...

— Sí, la consagraré mi cuidado y mis desvelos... como los consagraría también á... él... — dijo la señora Adela con angustiada voz.

Rodolfo la cogió de la mano.

— Vamos, vamos, no os desalentéis tan pronto... Si hasta hoy han sido vanos nuestros pasos, podrá ser que un día...

La señora Adela meneó la cabeza con tristeza y amargura, y dijo:

— ¡Pobre hijo mío!... ¡tendría ahora veinte años!...

— Decid más bien que los tiene...

— ¡Dios lo haga y os escuche, señor Rodolfo!

— Así lo espero. Ayer he ido á buscar á un cierto *Brazo Rojo*, que según me habían informado podría darme alguna noticia de vuestro hijo. Al salir de su casa y después de una quimera que allí tuve, encontré á esa desgraciada joven.

— ¡Ah Señor!... es á lo menos una dicha el que en medio de los desvelos que os acarrea vuestro deseo de protegerme, halléis ocasiones de socorrer el infortunio.

— ¿No habéis recibido noticia de Rochefort?

— Ninguna — dijo madama Adela con voz apagada y trémula.

— ¡Tanto mejor!... No queda duda de que ese monstruo pereció en los bajos de fango al querer huir de pres...

Rodolfo se detuvo en el momento de pronunciar esta terrible palabra.

— ¡De presidio! ¡ah, decidlo... de presidio!... — exclamó la desgraciada señora llena de horror y con una expresión de delirio. — ¡El padre de mi hijo!... ¡Ah! si vive aún ese hijo desventurado... si como yo no ha cambiado